

el
LIBRO
DE los
Rostros

Ana
Alonso



Javier
Pelegrín

Primera edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida

© Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CAPÍTULO 1

El día en que me convertí en Julia comenzó como un viernes cualquiera, un viernes tan odioso como todos los viernes.

Lo sé, la gente normal adora el viernes, es su día favorito de la semana. Pero eso le pasa a la gente que tiene una vida, no a la gente como yo.

Es decir, teóricamente tengo una vida, por supuesto. Una vida que consiste en ir al instituto los días de diario, estudiar por las tardes, ir al conservatorio, a clase de inglés, a nadar los sábados por la mañana... y también en comer con mi padre y mi hermana a mediodía, y en cenar viendo la tele con mi madre, y en desayunar deprisa y corriendo en la cocina, y en... ¿qué más? Recoger mi habitación, leer un rato por las noches antes de apagar la luz, llamar por teléfono a la abuela, perder el tiempo en internet... Creo que no hace falta que siga. Salta a la vista lo interesante que es mi existencia.

De todas formas, no me quejo. Sería casi feliz si me dejaran en paz. Lo único que quiero es eso, que nadie se meta conmigo, que no me digan continuamente:

«¿Hoy tampoco sales?».

«¿Por qué no llamas a una amiga?».

«¿Te vas a quedar en casa todo el fin de semana?».

«Hija, no puedes seguir así, tienes que hacer una vida normal...».

Todas estas constructivas sugerencias las hace mi madre. Como si ella tuviese una vida social para tirar cohetes... Aparte de mi padre, de alguna compañera del trabajo y de sus hermanos, prácticamente no se relaciona con nadie más. Yo creo que por eso me agobia tanto, porque en el fondo le horroriza que yo pueda convertirme en alguien como ella.

Para mi madre, la gente es una fuente constante de irritación y sufrimiento: sufre porque sus alumnos no ponen interés en las clases, porque sus compañeros no se toman en serio la enseñanza, porque la sociedad no valora suficientemente su labor, porque mi padre desconecta de todo cuando está viendo un partido de fútbol, porque mi hermana Lucía sale demasiado... y porque yo no salgo. Solo soy una pieza más en el gigantesco puzle de las imperfecciones de esta vida.

—No sé qué es lo que he hecho mal —suele decir—. Con lo que yo me he esforzado para que tengáis amigas. Todos los fines de semana que he pasado quedando con Eduardo y Susana, que nunca me han caído bien, solo porque tenían dos hijas de vuestra edad... Y mira de qué ha servido. Tu hermana nunca le coge el teléfono a Patricia, con lo maja que es. Y el grupo de amigos tan sano que tiene, todos van a esquiar juntos, y lo bien que se lo pasan... Pero no, la señorita se aburre con ellos. Prefiere a esos esperpentos que tiene por amigas. Y tú, que se supone que tienes mejor gusto, tampoco haces ningún esfuerzo, Eva. Para tener relaciones hay que esforzarse. Nadie va a venir a buscarte a casa, si es lo que estás esperando.

Resulta tan humillante tener que aguantar estos discursos cada fin de semana, que hace un mes más o menos, para que me dejara en paz, acepté cuando mi hermana me invitó a salir con ella. Total, solo tendría que soportar cuatro o cinco horas de aburrimiento en sitios demasiado oscuros para que nadie me viese y demasiado ruidosos para que nadie me oyese. Nada imposible de sobrellevar. Me cuesta seguir las conversaciones de Lucía con sus amigas,

porque hablan de chicos a los que no conozco, de series de la tele que nunca he visto y de marcas de ropa que ni siquiera me suenan. Pero eso es fallo mío, supongo. Lucía dice que vivo fuera de la realidad, y es posible que tenga razón. Si las cosas que le gustan a más gente son más reales que las que atraen solo a unos pocos, el mundo de Lucía y sus amigas es, sin duda, más real que el mío.

Cada vez que he salido con ellas he intentado integrarme, de verdad. Aunque la música que ponen en los sitios a los que van es de atracción de feria, he bailado. Cuando alguien me ha dirigido la palabra, he contestado. Si me han dicho alguna impertinencia, me he mordido la lengua... casi siempre. Vamos, yo creo que me he comportado como una hermana mayor perfecta.

Hasta ese viernes, no me había dado cuenta de que Lucía no lo veía así.

Serían las ocho de la tarde, más o menos. Me estaba peinando para salir con ella. Me había puesto un vestido suyo, uno muy corto con el fondo granate y estampados grandes de colores. No era de mi estilo, pero la verdad era que me quedaba bastante bien. Y también, después de bastantes dudas, me había maquillado con su barra de labios más oscura, su máscara de pestañas y unas sombras de ojos grises que son mías (me las regaló tía Patricia en Navidad), pero que nunca antes había estrenado. Al mirarme al espejo me eché a reír, porque no parecía yo. Parecía una chica de veintisiete años, en lugar de diecisiete...

Para peinarme me recogí toda la melena a un lado con una pinza, y luego solté un par de mechones por delante. Era solo una prueba, a ver qué efecto hacía, pero justo en ese momento entró Lucía en la habitación. Ella no se había vestido todavía.

Sus ojos castaños se clavaron en el espejo con aire de diversión.

—Vaya, qué guapa. Pareces otra...

—Gracias, qué amable —repliqué en tono mordaz.

—Date la vuelta, anda.

Me giré y justo en ese momento me disparó una foto con el móvil. Típico de Lucía, hacer algo que te molesta profundamente y que ella sabe que te molesta, y hacerlo como si fuese algo inevitable, como si fuese una especie de obligación.

—Te la mando a tu teléfono. ¿Por qué pones esa cara? Has quedado fenomenal. Siempre dices que no te haces un perfil en Facebook porque no tienes ni una foto decente... Pues hala, ya tienes una.

No estaba de humor para arrancarle los ojos, así que me volví a mirar al espejo y solté la pinza que me sujetaba el pelo.

—¿Por qué te la quitas? Para una vez que no pareces una empollona aburrida...

—No soy una empollona, así que no puedo parecer una empollona —contesté mientras me ahuecaba la melena.

—Sacas sobresaliente en todo. ¿Eso no es ser una empollona?

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, pero ¿qué podía hacer? A Lucía le obsesiona el tema de las notas, no entiende por qué las mías son siempre mejores que las suyas.

—No me mato a estudiar, y tú lo sabes. Escucho en clase, sobre todo... ¿Yo qué sé? No tengo la culpa de que se me dé bien.

—Nadie te está echando la culpa de nada, listilla. Solo digo que no hace falta que vayas disfrazada de empollona por ahí. Espantas a los chicos.

—¿Que espanto a los chicos? —esto ya era demasiado, así que me puse de pie y me encaré con ella—. Oye, a lo mejor no soy tan maravillosa como tú, pero tampoco hace falta que te pases tanto, ¿vale?

Lucía se mordió el labio inferior.

—Lo siento, no quería decir que fueras... Quiero decir que, a tu manera, tú también puedes gustar. Lo que te falla no es la cara, ¿sabes? No estás tan mal. Es tu forma de mirar, de comportarte... ¿Cómo quieres que no echen a correr?

—¡A mí me da lo mismo que echen a correr! —estallé—. Solo salgo contigo para que mamá no me dé la paliza. Pero esos chicos que os gustan... vamos, ¡sí son todos unos impresentables! No saldría con uno de esos animales ni aunque me lo pidiera de rodillas.

Esto último no era ninguna exageración, lo prometo. Es verdad que tampoco me gusta que esos tipos me ignoren, me siento fatal cuando lo hacen, no sé por qué. Pero creo que si me hicieran caso me sentiría aún peor... ¿De dónde salen? Solo con oírlos hablar me entran ganas de vomitar.

—No te preocupes, nadie te va a pedir nada de rodillas —me espetó mi hermana—. Y si eres tan superior a nosotras, no hace falta que te sacrifiques tanto, que yo no te lo he pedido, ¿vale? Es que parece que no te das cuenta. En lugar de estar agradecida por lo que hago por ti...

—Para, para. ¿Agradecida? ¿Yo tengo que estarte agradecida porque me llevas con tus amigas? Perdona, no sabía que fuese tanto sacrificio.

—Pues sí. Pues sí es un sacrificio, para que te enteres. No quería decirlo... pero ya lo he dicho. ¿Crees que a mis amigas les hace gracia tener que salir con una sosa como tú? Nos cortas el rollo totalmente, contigo es imposible pasarlo bien.

Me estaba hiriendo, y creo que lo sabía. Debía de estar muy harta de mí para decirme eso. Pero ¿por qué? Las otras veces, yo me había esforzado un montón para que todo fluyera con normalidad. Que sus amigas no me tragaban era algo que ya intuía desde el principio, pero, de todas formas, para tomar algo y bailar un rato en un sitio donde no se puede hablar tampoco hace falta una conexión profunda, me parece a mí.

En cualquier caso, lo que mi hermana acababa de decir era lo que realmente sentía. Lucía no quería que saliese con ella, lo había dejado bien claro.

Noté esa congestión, ese picor a los lados de la nariz que precede a las lágrimas. Pero no quería llorar, no todavía...

Dándole la espalda a mi hermana, me volví a sentar frente al espejo, agarré una toallita desmaquillante y la arrastré por el lado derecho de mi cara, desde la frente hasta la barbilla.

En el espejo podía ver el reflejo de Lucía, crispada y seria.

—Oye, no hace falta que te pongas así. Solo era una forma de hablar.

No pude seguir conteniéndome más tiempo. Los ojos se me llenaron de lágrimas y todo se volvió borroso: el maquillaje corrido en mi cara, la expresión culpable de mi hermana, los carteles de mis películas favoritas en la pared de enfrente...

—Anda, ven —murmuró Lucía—. Perdóname, soy idiota, no lo decía en serio.

Yo estaba sollozando como una cría. Tanto que la voz me salía entrecortada.

—No; si tienes... razón. Perdona por todo. De verdad... prefiero quedarme en casa.

Lucía esperó un momento aún, indecisa, torpe. Creo que lo que más le preocupaba era la reacción de mi madre cuando se enterase de lo que había pasado.

—No te preocupes, le diré que no me encuentro bien.

Ella intentó sonreír.

—Te perseguiré por toda la casa. No te dejaré en paz.

No se cómo, me las arreglé para devolverle una caricatura de sonrisa.

—Le diré que tengo que hacer un trabajo de clase. Es lo único que funciona.

Lucía asintió. Luego, tras una última vacilación, salió de mi cuarto.

Me tumbé en la cama y estuve mirando al techo hasta que oí sus tacones en el pasillo, la voz de mi padre diciéndole adiós desde la cocina, la puerta que se cerraba con suavidad. Suerte que mamá aún no había llegado, eso me daría por lo menos un respiro. Papá probablemente ni siquiera se habría enterado de lo

que pasaba. Tiene un talento especial para eso, para no enterarse de las cosas desagradables.

Fue entonces, mientras estaba tumbada escuchando el silencio de la casa, cuando se me ocurrió.

La foto que me había hecho Lucía tenía que estar bien. Medio en broma, ella me había sugerido que la colgase en Facebook. Tenía razón: mi excusa para no hacerme un perfil era siempre la foto. Pero ahora contaba con una bastante presentable... y era una tentación.

Hacía tiempo que venía dándole vueltas. A través de Facebook, a lo mejor me resultaría más fácil relacionarme con la gente. Todas las cosas que me aturden de las relaciones sociales desaparecen cuando te relacionas por internet: los silencios incómodos, los gestos que sorprendes en la otra persona y que preferirías no haber visto, la entonación desagradable, las sonrisas que pueden significar todo lo contrario de lo que parece que significan...

En Facebook la gente se relaciona escribiendo. Y eso sí sé hacerlo: escribir.

Si no lo había intentado antes, era por miedo. No quería llevarme otra decepción; otra más. Circulan chistes por ahí, chistes sobre gente que solo tiene agregados en Facebook a su hermano y a su perro. Bueno, en mi caso podía llegar a ser más patético aún, porque ni siquiera tengo perro.

Entonces me decidí. Estaba mirando la foto, y me di cuenta de que había salido realmente bien. Lucía tenía razón: parecía la foto de otra persona, de una chica mucho más interesante y atrevida que yo.

El problema era que, si ponía esa foto junto a mi nombre, la gente que me conoce se reiría de mí. Ya me estaba imaginando las reacciones de algunas compañeras de clase: Ariadna, Noa, Isabel... Se avisarían unas a otras, probablemente. «¿Has visto el perfil que se ha hecho la payasa de Eva? Las molestias que se

ha tomado para no parecer ella. Como si con eso pudiese engañar a alguien». Dejarían alguna broma en el muro, a lo mejor algún insulto. No son muy sutiles, que digamos. Lo que escriben en tu muro se puede borrar, pero de todas formas alguien lo vería.

Otra posibilidad sería rechazar a esas tres en las opciones de privacidad. Bueno, a ellas y a Sara, la compañera de pupitre de Isabel; y a Marcos, que sale con Sara. Y a Juan Antonio y César, que son los amigos de siempre de Marcos...

Al final tendría que rechazar prácticamente a toda la gente que conozco. Menos mi hermana y mi madre, porque aunque no estoy muy segura de caerles bien, por lo menos existe eso que se llama «solidaridad familiar», y aunque solo fuese por ese motivo, seguro que me aceptarían como amiga.

En resumen, mi patética vida real se vería reflejada en la red social como en un espejo. A no ser que me esforzase mucho, muchísimo, por que pareciese diferente.

Se me ocurrió una forma de hacerlo: podía inventarme el perfil de varias personas imaginarias y ponerlas en mi Facebook como amigas mías. Lo sé, era una idea absurda, además de deprimente y probablemente ilegal. Pero es lo que tiene la desesperación: te hace tomar caminos que jamás habrías elegido en una situación distinta.

Claro que había una opción más sencilla. ¿Para qué perder el tiempo inventándome varios amigos inexistentes? Podía invertir todas esas energías en crearme un perfil falso. Es decir, no falso del todo, solo lo suficientemente alejado de mi vida real para que nadie del instituto pudiese relacionarlo conmigo.

La foto estaba a contraluz, y con el maquillaje y aquel vestido era cierto que parecía de una persona distinta. ¿Y si a esa persona diferente le buscaba un nombre nuevo, un nombre inventado? Sería como empezar de cero, al menos en internet. Una nueva vida con un nuevo nombre, con una nueva imagen... Me sentía como alguien a punto de actuar en una película.

De repente tenía toda la libertad del mundo para explorar, para decir cosas que yo normalmente nunca habría dicho, para comportarme como una persona diferente. Al fin y al cabo, no era tan mala idea. Si una persona es un desastre en la vida real, ¿por qué no cambiar? Las redes sociales me servirían como laboratorio de pruebas. Si algo funcionaba allí, podía intentar aplicarlo a mi verdadero yo. «Una experiencia de aprendizaje», recuerdo que pensé.

Sí, solo eso... Una experiencia de aprendizaje.

Encontrar un nombre no fue tan fácil como yo esperaba. Es increíble, pero todas las combinaciones de nombres y apellidos normales que ensayé parecían estar ocupadas. Probé con Sonia y unos cuantos apellidos. Luego me cansé de Sonia y empecé a probar con Clara, que es un nombre que siempre me ha gustado. Nada, no había manera. Todavía me encontraba en la fase de crear un correo electrónico para hacerme la cuenta en Facebook.

Entonces cambié al nombre de Julia. Siempre me ha parecido un nombre muy literario, de persona interesante, no sé. Al principio lo intenté con apellidos más o menos normales, pero no había manera. Si no quería ser JuliaSanchez714 tendría que intentar algo más imaginativo.

El apellido «Espada» me vino de pronto a la cabeza. No sé dónde lo había oído; puede que fuese el apellido de algún cliente de mi padre.

Entró a la primera, y a partir de ese punto todo fue coser y cantar. «El mundo es un lugar amable si te llamas Julia Espada», recuerdo que pensé. Me llevó dos minutos subir la foto, rellenar los datos básicos de los sucesivos formularios (con la información imprescindible) y crear el perfil. A la hora de «invitar a gente que conozcas» no puse a nadie, ni siquiera a mi hermana. Julia Espada, de momento, no tendría hermanas ni familiares de ningún tipo.

Ahora pienso en lo que hice y lo veo como lo que realmente fue: una gran estupidez. Pero entonces me pareció una idea brillante. Y algo más, también... una especie de oportunidad. «Sin riesgos», recuerdo que me dije a mí misma, «sin ningún riesgo». Porque, al fin y al cabo, si la gente no se precipitaba a solicitar la amistad de Julia Espada en Facebook, ¿en qué me afectaba eso a mí? Ella no tenía nada que ver conmigo...

Ella no era yo.